

1) **Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**

ORACION COLECTA

“Concédenos, Dios todopoderoso, que, meditando sin cesar las realidades espirituales, llevemos a la práctica, en palabras y obras, cuanto es de tu agrado”

Por N.S.J.C., tu Hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

2) **Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

Los domingos pasados hemos puesto la atención en Jesús, que se presenta como un profeta y que invita a tomar parte de su misión; ésta profecía tiene que ver con **una propuesta de vida al estilo del Evangelio del Reino** asumir esta forma de vivir implica, de algún modo **un juicio** sobre la forma de vida que tenemos actualmente en este Evangelio de hoy escucharemos **un programa de vida**, redescubriremos esa propuesta de Jesús.....

pero antes, **preparando el terreno**, parece conveniente preguntarse **¿cómo estamos viviendo nuestra vida cristiana?** ¿hay cosas que pensamos que debemos **profundizar y reafirmar**, ¿cuáles? ¿hay otras que deberemos **cambiar?** ¿cuáles?

cuando nos preguntamos esto no nos referimos solo a la **dimensión individual** de la existencia sino también a la **dimensión de la Comunidad-Iglesia** –grupo, institución, parroquia, diócesis, etc.- de la cual formamos parte.

3) **Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

Lc 6,27-38

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

4) **La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

5) **Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

¿Qué podemos hacer los creyentes ante estas palabras de Jesús? ¿suprimirlas del Evangelio? ¿Borrarlas del fondo de nuestra conciencia? ¿Dejarlas para tiempos mejores?

Las palabras del evangelio tienen una importancia revolucionaria. Cuando Jesús habla del amor al enemigo, no está pensando en un sentimiento de afecto y cariño hacia él, pero sí en una actitud humana de interés positivo por su bien.

Jesús piensa que la persona es humana cuando el amor está en la base de toda su actuación. Y ni siquiera la relación con los enemigos ha de ser una excepción. Quien es humano hasta el final respeta la dignidad del enemigo, por muy desfigurada que se nos pueda presentar. No adopta ante él una postura excluyente de maldición, sino una actitud de bendición.

Y es precisamente este amor, que alcanza a todos y busca realmente el bien de todos sin excepción, la aportación más humana que puede introducir en la sociedad el que se inspira en el Evangelio de Jesús.

Hay situaciones en las que este amor al enemigo parece imposible. Estamos demasiados heridos para poder perdonar. Necesitamos tiempo para recuperar la paz. Es el momento de recordar que también nosotros vivimos de la paciencia y el perdón de Dios.

El mensaje de Jesús es claro y rotundo, ¿es posible? Hay que entender y aceptar los sentimientos de ira, rebelión o agresividad que nacen en nosotros. Es normal. Estamos heridos. Para no hacernos todavía más daño necesitamos recuperar en lo posible la paz interior que nos ayude a reaccionar de manera sana.

La primera decisión del que perdona es no vengarse. No es fácil. La venganza es la respuesta casi instintiva que nos nace de dentro cuando nos han herido o humillado. Buscamos compensar nuestro sufrimiento haciendo sufrir al que nos ha hecho daño. Para perdonar es importante no gastar energías en imaginar nuestra revancha.

Es decisivo sobre todo no alimentar el resentimiento. No permitir que el odio se instale en nuestro corazón. Tenemos derecho a que se nos haga justicia; el que perdona no renuncia a sus derechos. Pero lo importante es irnos curando del daño que nos han hecho.

Perdonar puede exigir tiempo. El perdón no consiste en un acto de la voluntad, que lo arregla rápidamente todo. Por lo general, el perdón es el final de un proceso en el que intervienen también la sensibilidad, la comprensión, la lucidez y, en el caso del creyente, la fe en un Dios de cuyo perdón vivimos todos.

Para perdonar es necesario a veces compartir con alguien nuestros sentimientos. Perdonar no quiere decir olvidar el daño que nos han hecho, pero si recordarlo de la manera menos dañosa para el ofensor y para uno mismo. El que llega a perdonar se vuelve a sentir mejor.

Quien va entendiendo así el perdón comprende que el mensaje de Jesús, lejos de ser algo imposible e irritante, es el camino acertado para ir curando las relaciones humanas, siempre amenazadas por nuestras injusticias y conflictos.

Poco a poco, nuestro lenguaje se está secularizando. Palabras y conceptos que en su origen tenían un contenido cristiano, hoy se emplean sin referencia alguna a la fe. Es lo que ha sucedido con el lenguaje del perdón, que ha quedado vacío de su contenido evangélico más genuino.

El perdón cristiano brota de una experiencia religiosa. El cristiano perdona porque se siente perdonado por Dios. Toda otra motivación es secundaria. Perdona quien sabe que vive del perdón de Dios. Esa es la fuente última. Olvidar es hablar de otra cosa muy diferente del perdón evangélico.

Por eso el perdón cristiano no es un acto de justicia. No se le puede exigir a nadie como un deber social. Jurídicamente el perdón no existe. El código penal ignora el verbo perdonar. El gesto sorprendente y muchas veces heroico del perdón nace de un amor gratuito. No depende de condiciones previas. No exige nada, no reclama nada. Si se perdona es por amor. Hablar de requisitos para perdonar es introducir el planteamiento de otra cosa.

En el Evangelio se invita a perdonar hasta setenta veces siete, a perdonar incluso a quien no muestra arrepentimiento alguno, inspirados en el mismo Jesús, que muere perdonando.

Nadie se ha de engañar. Perdonar no es fácil. Es mejor confesarlo así. Todo menos manipular el discurso del perdón para exigir a otros responsabilidades o para defender cada uno nuestra propia posición. Hace años Juan Pablo II invitaba a custodiar la autenticidad del perdón, algo que solo es posible custodiando su fuente, esto es, la misericordia del mismo Dios, revelada en Jesucristo.

Es difícil escuchar la llamada de Jesús si uno no conoce la experiencia de ser perdonado por Dios.

La existencia de muchos cambiaría si aprendieran a amar gratis a alguien. El ser humano está llamado a amar desinteresadamente; y, si no lo hace, se abre en su vida un vacío que nada ni nadie puede llenar. No es una ingenuidad escuchar las palabras de Jesús: hagan el bien... sin esperar nada. Puede ser el secreto de la vida. Lo que puede devolvernos la alegría de vivir.

Es fácil terminar sin amar a nadie de manera gratuita: no hago daño a nadie, no me meto en los problemas de los demás, respeto los derechos de los otros, vivo mi vida. Solo me amo a mi mismo. Despreocupado de todos, reducido a mis propios intereses, impermeable a los problemas de los demás, ajeno a los sufrimientos de la gente, me encierro en mi pequeño bienestar.

El amor, la amistad, la acogida, la solidaridad, la cercanía, la intimidad, la lucha por el débil, la esperanza... no se obtienen con dinero. Son algo gratuito que se ofrece sin esperar nada a cambio.

Hay muchos hombres y mujeres que solo pueden recibir un amor gratuito, pues no tienen apenas nada para poder devolver a quien se les acerca. Personas solas, maltratadas por la vida, incomprendidas por casi todos, empobrecidas por la sociedad, sin apenas salida alguna en la vida.

Para liberarte de ti mismo, lanza un puente más allá del abismo que tu egoísmo ha creado. Intenta ver más allá de ti mismo. Intenta escuchar a algún otro y, sobre todo, prueba a esforzarte por amar en vez de amarte a ti solo, decía H. Cámara.

“Ayúdame Señor, para que pueda mirar con tus ojos a los pobres, hambrientos y despreciados. No permitas que mi corazón se endurezca ante el dolor ajeno, no me dejes caer en la mediocridad del egoísmo, de la vanidad y la indiferencia”

6) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

7) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario